

EL ROSTRO Y LA MÁSCARA DE AVEMPACE

Los enemigos de Avempace fueron implacables con él. Dijeron que su grotesca fealdad ahuyentaba a los perros y a las hienas, y que su suciedad infectaba las tierras que recorría, las aguas de los estanques y los vergeles por donde paseaba al crepúsculo. Sostenían que era un hombre inmundo y harapiento, aficionado a las riquezas, a las alhajas y a los hermosos efebos. Subrayaba un rival que «no sabía sustraerse al atractivo de los jóvenes» y que «jamás se purificó de un contacto impuro». Lo calificaba de impostor e inmoral, desposeído de toda sutileza. En cambio, otros lo definieron como «una maravilla de su siglo», que rechazaba la vida licenciosa, el placer y la disipación en ámbitos morbosos de narcóticos, velos de muselina y alcobas de ninfas desnudas, cuya piel de seda brillaba, bajo los afeites y las pócimas de almizcle, como las piedras de ónix que llevaban en los tobillos. En la humareda sutil y celeste del brasero de opio no lograba disipar sus negros pensamientos. La contradicción y la polémica lo siguieron a todas partes. No pareció ser nunca un espíritu transparente y nos transmite la sensación de que su vida íntima —orientada hacia la castidad, según sus amigos; inclinada hacia la lujuria y la aberración, declaran sus detractores— se divorciaba de sus proclamas. No era un hombre puro, un intelectual íntegro, aunque le cupiese el honor de ser el primer filósofo de la España musulmana y un atinado y lúcido intérprete de Aristóteles. Su existencia se nos aparece demasiado borrascosa, azotada por un maremágnum de contradicciones. Criticaba el lujo, y parece que en sus últimos años acumuló propiedades con una avaricia desmedida. Desdeñaba los placeres del cuerpo y reclamaba un edén de soledad, aunque se sintió arrastrado hacia pasiones inconfesadas. Abominaba la política, y ejerció el cargo de visir. Opinaba que el oficio más sublime es la dedicación a la ciencia y a la filosofía, y fue incapaz de concentrarse en sus escritos por culpa de misteriosos viajes a Orán. O sostuvo que en una sociedad perfecta sobran el juez y el médico, y destinó una buena parte de sus días mortales al ejercicio de la medicina.



La vastedad de sus saberes caló hondamente en sus últimos años en Fez. Allí, la luz de su inteligencia brilló esplendorosa y suscitó envidias: su propia muerte fue la consecuencia de su celebridad y de la desconfianza generada entre sus compañeros de profesión.

Todo ello, sin embargo, no empaña su grandeza unánime. Avempace fue un hombre sensible, cultivado y versátil, que propugnó un racionalismo místico sin renunciar jamás a las teorías especulativas y a la vida interior, auténtico fin del hombre en la tierra. Los detalles de su existencia no son conocidos con precisión. Sabemos que nació en Zaragoza entre 1085 y 1090, en el seno de una familia de plateros. Tanto su abuelo como su padre poseían un taller de joyería, y Avempace en su adolescencia debió frecuentar aquel universo reducido de esmeraldas, mercaderes y orfebrería. Poco a poco, en la literaria corte del rey Almoctadir, comenzó a emerger su figura. Pronto se destacó como un joven inquieto y voraz, vestido con túnica oscura, sandalias de becerro y un turbante de raso. Tuvo un excepcional preceptor en Ibn Wahayb, un filósofo sevillano, cuya vejez hervía en los vapores de la santidad y de la sabiduría. Juntos contemplaban el curso de las estrellas desde los alminares o conversaban por los patios interiores, entre columnas de mármol y capiteles labrados en alabastro, al otro lado de las albercas de peces de colores. Caminaban en las noches consteladas por los jardines de la Aljafería sin asustar a los centinelas o se desplazaban por los alrededores de los pantanos y los galachos, donde recogían flores silvestres con propiedades curativas. Cuando caía el anochecer sobre la arboleda, convenían en que el trino del ruiseñor es el más bello de la vida animal. Preparaban lecciones de astronomía y astrología por la mañana y, a media tarde, una vez que se aproximaba el final de las clases, Avempace le recitaba poemas o lo despedía con su extraordinaria voz. Era un soberbio compositor, capaz de escribir un insólito y novedoso tratado musical. Conocía por igual los misterios del canto y de la versificación. Era capaz de terminar un soberbio poema en unos minutos y resolverlo mediante una atinada sucesión de metáforas, e instrumentarlo luego de forma prodigiosa. Su facilidad resultó incontestable. Emilio García Gómez le atribuye la creación del *zejel*. Sobre este virtuosismo se asienta una de las anécdotas más conocidas de su juventud, revelada por el arabista aragonés Asín y Palacios. En una ocasión en que había fallecido un amigo, Avempace decidió velar su cadáver. Se acuclilló en el suelo con otros compañeros en actitud orante, aunque discretamente se retiró a una esquina. Una luz amortecida de vela refulgía sobre la faz cenicienta del difunto y un olor a sándalo se esparcía en la cámara mortuoria. El músico sabía que esa noche se iba a producir un eclipse lunar; con ese motivo decidió componer unas estrofas elegiacas donde le solicitaba a la luna que no saliese en señal de duelo por el compañero muerto. Al cabo de unas horas, una voz timbrada y resuelta, cuya agudeza despedazaba las entrañas, se elevó por el aire con una melodía taciturna, aprisionada en el dolor y en la desesperación. Avempace terminó la canción con este verso: «Se eclipsó el astro de la noche». Cuando unos minu-

tos después se consumó el fenómeno, todos se quedaron perplejos, mudos de fascinación. Algunos creyeron que el joven intérprete poseía un atributo insospechado: era brujo. En uno de los libelos que le dedicaron a su persona, se precisa que «hizo de la música un comercio y su entusiasmo por ese arte era tal que se iba tras cualquier gañán a quien oyera cantar llevando las bestias al abrevadero».

Avempace no era ajeno al gran momento cultural que se vivía en la taifa de Zaragoza. Trató a los matemáticos, a los filósofos y a los astrólogos, emigrados en su mayor parte de Toledo, y no le importaba polemizar con ellos sobre temas diversos. Los oía hablar de las imponentes mezquitas, del avance de las tropas cristianas y de las creencias sufíes, que habían caído en desgracia. Fueron famosas sus discusiones de gramática y de ciencia. A pesar de su carácter enérgico, terco y agrio en ocasiones, todos admiraban su exquisitez, su educación humanística y sus conocimientos científicos. A casi nadie le sorprendió que fuese un precursor en los estudios de botánica, actividad que pudo haber sido entendida como una prolongación de su apasionamiento poético y un modo de afirmación en la naturaleza. Publicó un extenso trabajo sobre la flora aragonesa, haciendo especial hincapié en las plantas medicinales; para ello, tuvo que efectuar excursiones por el campo, los bosques, prados, ríos, quebradas y dehesas. Alguien, cuando ni siquiera contaba veinte años, le vaticinó que retornaría a su casa «andando sobre oro». Con la llegada de los almorávides a Zaragoza, hacia 1110, lo nombraron visir. Fue enviado en misiones diplomáticas al lugar de destierro de los antiguos reyes de la ciudad, la dinastía Hud, y lo tuvieron preso durante dos meses. En palacio alcanzó una gran proyección, pero nunca descuidó su vocación inicial. Continuó practicando la medicina, escribía sus libros, revelaba errores del geógrafo Ptolomeo y proponía nuevos sistemas astronómicos. Siempre le había entusiasmado el arte y se sentía reconfortado más que nunca al vivir bajo los artesonados de la cámara real o las portadas de yesería, las filigranas de talla de las arcadas y entre aquellos canteros imperturbables que imprimían signos misteriosos en las rocas y en las paredes del alcázar.

La conquista de la ciudad por las huestes de Alfonso I *El Batallador* en 1118, tras casi un año de asedio, lo llevó a un éxodo interminable de ciudad en ciudad. En un principio nada fue fácil, pero había vislumbrado en las señales del poniente y en el movimiento callado del firmamento el curso del combate. Todo se fue desarrollando tal como había previsto: vio cómo los soldados cristianos cargaban sus catapultas, divisó el vuelo rasante de los cuervos umbríos y descubrió los soldados muertos, la alberca de sangre que rebosaba al otro lado de los mirtos. Huyó antes del cataclismo final. En las cortes almorávides habían oído su nombre, pero no fue bien acogido. En Játiva lo condujeron al calabozo, aunque no tardaron en soltarlo. Su fama de pensador heterodoxo ya circulaba por todo el país. El motivo era obvio: se había empeñado, siguiendo el magisterio de Aristóteles, en dar una explicación racional y simbóli-

ca a la fe. Venía a dibujar una línea ascendente mediante la cual se podía acceder, desde la escueta materia, hasta el pórtico de la divinidad. Sugería, con tanta convicción como porfía, que el hombre se desarrolla en una escala estrictamente corporal, aunque poco a poco, a través de la gentileza y la pureza de corazón, se aproxima a diferentes estadios de la espiritualidad.

Se trasladó a Almería, a Granada y a Orán, antes de radicarse definitivamente en Fez. En la última etapa de su vida abandonó por completo cualquier inclinación política y se centró en la filosofía, la poesía y la medicina. Una prueba de su sentido del humor y de su talante orgulloso, casi feroz, la recoge Joaquín Lomba en su biografía del musulmán. Sucedió en Granada. Avempace entró en una clase por casualidad y los alumnos al verlo preguntaron con cierto desdén: «Y ése, ¿cuántas ciencias sabe?». El filósofo les espetó: «La gramática que vosotros estudiáis es la menos importante de las doce ciencias que poseo».

En Marruecos su biografía se difumina todavía más. Una leyenda imprecisa entrevera panegíricos y calumnias. Unos salvan su pellejo y lo elogian sin medida. Otros afean su conducta. En cualquier caso parece indiscutible que se dedicó a actividades ajenas a las excelencias de la vida del solitario que tanto preconizaba. Él mismo ha dejado constancia de su sobreabundancia de trabajo y de su desasosiego. Carecía de tiempo para aquilatar sus libros, aunque culminó con cierta precipitación sus grandes obras: *Carta de la despedida*, *Tratado de la unión del Intelecto con el hombre* y *El Régimen del solitario*. Todo sugiere que era un pensador que amaba el lujo y los bienes materiales; participó en varios negocios con una más que dudosa ambición, pero eso no borró un atributo de sus versos: «Tenían la virtud de disipar la tristeza y el dolor de los corazones de los hombres».

Su muerte estuvo rodeada de enigmas y de bestias negras. Su enemistad con el escritor Ibn Jaqan era sobradamente conocida. Ambos se habían enfrentado en diversas ocasiones, no sólo por cuestiones poéticas. Jaqan tenía celos de su oponente por la impecable factura de sus composiciones, la hermosura de sus imágenes, pródigas en sensualidad, y acaso por su indiscutible fortuna de bienes. Pero la gota que colmó el vaso de la rivalidad revela el cinismo y la causticidad de Avempace. Su contrincante no hacía otra cosa que alabarse a sí mismo sin percatarse de que una gotilla verdoosa de moco le perlaba el bigote. Le dijo: «Esa esmeralda que luces en el bigote, ¿también es regalo de algún príncipe?». Aquella interrogante le acarreó al aragonés consecuencias funestas. La venganza de Ibn Jaqan fue terrible: lo colocó en el último lugar en un volumen de poetas españoles, titulado *Collares de oro puro*, y le reservó un juicio abominable para el porvenir.

Nada hace suponer, no obstante, que tuviese que ver con su muerte, atribuida a un criado del médico Avenzoar, que le profesaba un odio cerval y había dicho en alguna ocasión que «Avempace es un hipócrita, merecedor de que se le crucifique».

Se desconocen las razones del homicidio, aunque todo parecía reducirse al rencor, la envidia, el éxito de las consultas de Avempace y la perceptible seguridad que demostraba en sí mismo. El lacayo le administró una berenjena envenenada y el filósofo y poeta falleció en una fecha indeterminada en el mes del Ramadán, en una década comprendida entre 1128 y 1138. Tras los primeros vómitos, sufrió convulsiones, abrió los grandes ojos de caballo y se desplomó sobre el suelo, absorbido por la sorda disyuntiva de los héroes. ❦

